

## **De Seattle a Copenhague (con escala en la Amazonia): o del movimiento antiglobalización al nuevo activismo transnacional**

Breno Bringel y Enara Echart Muñoz

### **Prolegómenos: cambios y continuidades en los movimientos sociales globales**

Empecemos por el final. Terminábamos la última edición del *Anuario de Movimientos Sociales* afirmando que «el movimiento antiglobalización muere como actor, pero goza de muy buena salud» (Bringel et al., 2009). Con eso queríamos decir que diez años después de su nacimiento mediático con las protestas de Seattle en 1999, el movimiento ya no puede ser caracterizado por aquellos rasgos básicos que marcaron su inicio y consolidación en términos organizativos, identitarios y de incidencia política:<sup>[1]</sup> hubo un desmantelamiento progresivo de sus principales convocatorias de acción global unificada (tanto en el ámbito de la protesta, donde el máximo exponente fue la Acción Global de los Pueblos, como en la rama de la propuesta, donde el gran referente ha sido el Foro Social Mundial); las identidades colectivas se han tornado todavía más difusas y difícilmente encontramos militantes que se auto-definan como activistas del movimiento antiglobalización propiamente dicho; y su incidencia política es mucho más limitada, habiendo contribuido para ello una menor visibilidad mediática y una mayor criminalización.

Son muchos los análisis que se vienen haciendo, tanto desde la academia como desde los espacios militantes, sobre el agotamiento de un modelo y sobre el ya largo fin de un ciclo de movilización que no podía mantener una alta intensidad de conflictividad social por un largo período de tiempo. Las teorías de las acciones colectivas y de los movimientos sociales respaldan estas tesis con sendos estudios de caso que aplican y reinventan la noción de «ciclos de protesta», desarrollada por Sidney Tarrow y sus colaboradores para referirse a una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades (Tarrow, 1998: 144-150).<sup>[2]</sup> No obstante, esta crisis del movimiento antiglobalización como actor internacional no puede nublar la identificación de varios de sus legados que en la actualidad siguen manteniendo encendida la llama de la contestación global, aunque diluida en diversas redes contestatarias, principalmente temáticas y regionales, y en un amplio repertorio de acción colectiva transnacional.

Eso explica, parcialmente, una propuesta de cambio de nombre de esta sección del *Anuario de Movimientos Sociales* que desde hace algunos años venía llamándose «movimiento antiglobalización». De hecho, más allá de las múltiples disputas terminológicas, presentes desde sus inicios, para caracterizar al movimiento (movimiento antiglobalización, anticapitalista, anti-sistémico, altermundista, movimiento de movimientos, movimiento por la justicia global, entre muchas otras variaciones) y de las diferentes sensibilidades políticas y la heterogeneidad del movimiento, las caracterizaciones generales que de este se han hecho, desde Seattle hasta la actualidad,<sup>[3]</sup> son bastante similares, insistiendo en ciertas novedades y rupturas

compartidas. También ha habido siempre un amplio debate sobre su futuro, sus limitaciones y su crisis. Creemos que se trata de un debate que lejos de zanjarse debería adquirir nuevos rumbos, tanto a la hora de interpretar el movimiento antiglobalización como a la hora de discutir y construir nuevas resistencias y alternativas políticas transformadoras y emancipatorias, las cuales, inevitablemente, ya tienen incorporadas gran parte de las aportaciones que emergieron, de forma novedosa, a partir de Seattle.

De forma consensuada con los editores del presente Anuario creíamos más conveniente redefinir la sección como «redes de movimientos» o «acción colectiva transnacional», aunque caben aquí dos importantes advertencias iniciales: la primera es la mayor convergencia de esta con otros capítulos del Anuario dado que la transnacionalización de la acción colectiva y el paradigma reticular (tanto en términos organizativos como de actuación en la red, en internet) son dos de las mayores novedades que se desprenden de la irrupción de los movimientos sociales globales en la sociedad internacional. La segunda advertencia está relacionada con la cuidadosa interpretación que se debe hacer de este cambio: no estamos firmando ningún acta de defunción ni pretendemos hacerlo. Tampoco creemos que el debate tenga que ceñirse a la «vida» o «muerte» del movimiento antiglobalización, sino todo lo contrario. Pero a lo largo de los últimos años, el complejo ejercicio de hacer una suerte de balance del movimiento y sus principales manifestaciones a cada año nos llevó a ir comprobando una serie de muestras de agotamiento y algunas tendencias novedosas que marcan un desprendimiento con las dinámicas típicas de sus inicios. Entre ellas: un nuevo contexto desde que se inició la crisis financiera a principios de 2008, llevando a una crisis sistémica multidimensional y a una reconfiguración del poder global; la descentralización de las principales convocatorias de los movimientos sociales globales en determinadas redes temáticas, con mayor protagonismo de aquellas del «Sur Global», a diferencia de la gran capacidad de convocatoria en Europa y Estados Unidos durante los primeros ciclos del movimiento anti-globalización; un menor impacto en los medios convencionales al dejar de ser una novedad rupturista como sucedió en Seattle; una menor capacidad de incidencia en las agendas políticas que, por otro lado, se reapropiaron discursivamente de muchas demandas de los movimientos contra la globalización neoliberal (las más «políticamente correctas»), aunque vaciándolas de sentido; un cambio en unas identidades difusas que incorporan de forma creciente la dimensión global, pero con múltiples referencias y militancias.<sup>[4]</sup>

Para profundizar en este agotamiento y en la emergencia de nuevas tendencias más vinculadas a un nuevo activismo transnacional en red que al movimiento antiglobalización *per se* también cambiaremos el procedimiento metodológico de nuestra contribución: no nos detendremos, como en años anteriores, en una revisión exhaustiva de los principales eventos de protesta y propuesta relacionados a la lucha antiglobalización, sino que nos centraremos en dos eventos específicos: el Foro Social Mundial de la Amazonia y las protestas contra la Cumbre del Cambio Climático de Copenhague. El primero se celebró a principios de año en la ciudad de Belém do Pará, Brasil, y es representativo del agotamiento de la rama propositiva del movimiento antiglobalización. El segundo, celebrado en la capital danesa, es un buen termómetro para medir qué pasó con la desarticulación de convocatorias unificadas de la protesta a diez años de Seattle, así como para analizar el trabajo realizado por algunas redes y movimientos en particular que van adquiriendo gran relevancia dentro de los movimientos sociales globales, como es el caso de La Vía Campesina y la Marcha Mundial de las Mujeres. Esperamos así contribuir a la discusión colectiva acerca del

paso de un modelo clásico de lucha antiglobalización a otro donde el nuevo activismo transnacional no está centrado tanto por sus manifestaciones internacionales unificadas (Tarrow, 2005), sino en las múltiples conexiones que establece entre varias esferas geográficas y temáticas de actuación.

### **Empezando 2009: el Foro Social Mundial de la Amazonia**

Con 97.000 personas, 2.400 actividades inscritas y 5.176 delegaciones oriundas de más de 150 países, según datos de la organización local y del Consejo Internacional del FSM, algunos analistas, ciertamente poco familiarizados con la historia y las dinámicas internas de los foros, llegaron a afirmar que esa afluencia masiva representaba la gran fuerza del evento o bien su recuperación frente a un período anterior de decaimiento. Pero los números están para interpretarlos de forma más compleja: un gran número de actividades inscritas nunca llegaron a celebrarse y la presencia de más de 150 países no supone negar una evidencia que se afianzó en enero de 2009 en Belém, que no es otra que la presencia masiva de latinoamericanos (y, en particular, de brasileños) y, entre los participantes de otras regiones, una mayor presencia europea. Pero además, hay que mirar qué actividades se propusieron y el origen de los participantes no solo por nacionalidad, sino por sensibilidad política. Y en este sentido, en Belém se han vuelto a reproducir dinámicas anteriores, adornadas de especificidades propias de la ciudad y del estado de Pará. Bajo la bandera del «otro mundo posible» convivieron, una vez más, muchos mundos posibles, que a menudo destaparon tensiones, entre ellas, la de los movimientos sociales y la institucionalidad (fundamentalmente a raíz de la controvertida presencia de Lula, Chávez, Evo, Lugo y Correa, aunque no solo); y, en otra perspectiva, la de la visibilidad de los indígenas frente a la invisibilidad de la población pobre de Belém, que vieron como sus barrios (sobre todo aquellos colindantes con las sedes del evento) cambiaron significativamente días antes del foro. Un cambio no hacia la mejoría de sus condiciones de vida, de su involucramiento en las actividades del evento o de una apertura hacia la democratización de las discusiones existentes en el FSM hacia quienes realmente más padecen muchas de las cuestiones allí debatidas. El cambio en sus rutinas vino con la prohibición del consumo de alcohol a partir de la tarde-noche «para evitar complicaciones en la ciudad», la vigilancia de los espacios públicos, identificaciones «preventivas» (casualmente nunca a los blancos), mayor represión policial o el cierre de radios comunitarias en barrios como el «Outeiro», «Terra Firme» o «Guamá».

El gran contingente policial desplegado en la entrada de las dos sedes principales del evento (la Universidad Federal de Pará, UFPA, y la Universidad Federal Rural de la Amazonia, UFRA) y el obstáculo económico (que imposibilitaba a la población local pobre pagar la acreditación para acceder al evento) visibilizaba todavía más la separación entre los «barrios conflictivos» y las actividades del FSM. Pero como viene siendo habitual en las consecutivas ediciones del FSM grupos autónomos, anarquistas y muchos movimientos sociales de base (entre los que no podemos dejar de incluir, en el caso brasileño, aquellos vinculados a la rama más progresista de la iglesia católica<sup>[5]</sup>) optaron por apropiarse de otros espacios paralelos al FSM, negando el discurso de la «protección» policial frente a la «inseguridad local» y tratando de generar dinámicas integradoras con los barrios y comunidades vecinas. Asimismo, añadamos a la ecuación una gran distancia entre ambas sedes: física, sí, lo que dificultó los desplazamientos y las cuestiones logísticas, pero sobre todo material, de contenidos y de subjetividades. Espacios vividos y construidos de forma totalmente distinta: el primero (en la UFPA)

con un elevadísimo grado de actividades institucionales y stands, la gran mayoría de ellos financiados por Petrobras, Banco do Brasil, el gobierno Lula y el gobierno de Pará (también del Partido de los Trabajadores), donde se podía encontrar un amplio abanico de propaganda de las políticas sociales gubernamentales; el segundo (en la UFRA) con un aire algo más autogestionado, con acampadas, talleres más espontáneos e indígenas orgullosos de desfilarse su identidad en un entorno donde habitualmente se les criminaliza.

De este modo, la edición de Belém nos confirmó que los foros sociales mundiales, por más internacionales que puedan llegar a ser, se redefinen según donde se celebran y están muy influenciados tanto por la correlación de fuerzas existentes como por la coyuntura, local, nacional, regional e internacional. En este caso, además de las tensiones mencionadas anteriormente, cabe mencionar las crisis multidimensionales (financiera, económica energética, alimentaria, migratoria y civilizatoria), con especial énfasis en la discusión medioambiental como tema estrella de los debates que convergieron en la Declaración de la Asamblea de los Movimientos Sociales bajo el título «No vamos a pagar por la crisis. Que la paguen los ricos». Pero la nota más distintiva de Belém sería la realización del «Día Pan-Amazónico» que contribuyó a visibilizar la lucha de los pueblos y comunidades indígenas, originarias, campesinas, «ribeirinhos», quilombolas, afrodescendientes, garifunas, caboclos y dalits, entre otros, pero sobre todo a intercambiar experiencias y tejer articulaciones más sólidas entre esas resistencias.

El balance es agrídulce y el agotamiento del formato es notable. El FSM sigue tejiendo redes de contestación importantes, pero ya no es (ni puede ser) un espacio similar al que se generó en 2001 cuando se forjó no solo la ruptura discursiva del «otro mundo posible» frente al «there is no alternative», sino unas sinergias de propuestas enfrentadas (que variaban entre el reformismo y lo revolucionario) pero con un horizonte de negación y ruptura común que acompañaron un ciclo muy activo de protestas y movilizaciones sociales desde Seattle hasta aproximadamente las manifestaciones contra la Guerra de Iraq. Desde entonces las referencias a la necesidad de su reinención son constantes y quizás la cuestión clave consiste en que el FSM ya no parece ser el principal catalizador global de la creación de un nuevo marco discursivo y de demandas de los movimientos sociales globales. Este rol parece haber sido asumido más bien por otras redes temáticas y movimientos, también de carácter global y con enfoques multidimensionales y complejos, pero con un referente más específico que guía su actuación y disseminación: es el caso de la Marcha Mundial de las Mujeres, que une transnacionalmente movimientos de mujeres, o de La Vía Campesina, que se ha convertido en el principal referente de las organizaciones y movimientos rurales en el ámbito internacional, generando demandas suficientemente aglutinadoras, como la soberanía alimentaria que conecta campo-ciudad y Norte-Sur, rompiendo esquemas mentales, territoriales y otras dicotomías todavía muy presentes. Asimismo, se consolida el trabajo de otras redes más sectoriales como aquellas constituidas en torno a la lucha contra el libre comercio, las migraciones, la precariedad y la solidaridad internacionalista, a la vez que se vislumbra un creciente rol protagónico del ecologismo a nivel global. En definitiva, dadas sus propias características y su «paradoja constitutiva», el FSM sigue siendo un espacio de experimentalismo político-social y, como la propia política, parece estar reinventándose continuamente. No obstante, en los últimos esa reinención no ha ido en la dirección de «reavivar el movimiento antiglobalización» como actor internacional, sino en la profundización de la tendencia

de construir redes por un lado, pero también, y sobre todo, en la cooptación del espacio por una creciente presencia política institucional. Un ejemplo extremo de esta tendencia es la convocatoria del próximo Foro Social Mundial Temático «Diálogos, diversidad cultural y crisis civilizatoria» de Salvador de Bahía, Brasil, donde en su tríptico de difusión se puede leer «FSM temático de Bahía innova con la participación de los gobiernos». La descripción de dicho titular no podría ser más reveladora: «Movimientos sociales y centrales sindicales invitan a gobiernos progresistas, que prácticamente no existían cuando se creó el FSM en 2001 para participar, por primera vez *en condiciones paritarias* del Foro Social Temático de Bahía [...]».<sup>[6]</sup>

En cualquier caso, esta dinámica nos permite constatar los cambios de lo que supuso el referente de la rama propositiva del movimiento antiglobalización, evolucionando hacia una construcción de las propuestas de forma mucho más dialogante con otros actores públicos y privados de lo que en su día aceptaban los colectivos más radicales, y con una presencia escasa de los colectivos de base (en este caso con una división muy visual en un espacio «bunkerizado» ante las poblaciones pobres del lugar). En cuanto a la protesta, el ejemplo más cercano en 2009 es la Conferencia de Copenhague, paradigmática también de la creciente fuerza de la temática medioambiental en la organización de las redes transnacionales.

### **Cerrando 2009: Copenhague**

A diez años de la Cumbre de Seattle mucho se habló de explorar la posibilidad de que Copenhague se convirtiera en «un nuevo Seattle». Columnistas de algunos periódicos de circulación nacional del Estado español cercanos a la «social democracia» o la «izquierda institucional», como *El País* o *Público*, no dudaron en hablar del «regreso de las trincheras de los antiglobalización» (Castedo y García, 2010) o de cómo «la antiglobalización revive contra la crisis» (Rusiñol, 2009). Sin embargo ni la visibilidad internacional dada por los medios de comunicación hegemónicos tiene que ver con el espacio ofrecido ante la novedad de Seattle, ni tampoco parecen tener en cuenta que «en varias de sus dimensiones, los movimientos sociales son como *icebergs*, con muchas de sus acciones desarrollándose por debajo de la superficie visible» (Clemens y Hughes, 2002: 212). Es decir, más allá de las comparaciones exógenas y a menudo superficiales entre Seattle y Copenhague y del análisis de sus diferencias y similitudes, del cambio de telón de fondo, hay que insistir también en una dimensión más interna, en cómo el movimiento antiglobalización ha creado marcos interpretativos asumidos por una nueva forma de hacer política desde los movimientos sociales y unas nuevas subjetividades colectivas «glocales». Aquí, la política del subsuelo ha consolidado y reproducido nuevas formas de conexión y funcionamiento de los movimientos y redes, convocatorias y acciones colectivas de los movimientos sociales globales. Tampoco se puede pedir este tipo de análisis a unos medios acostumbrados

a criminalizar la protesta y las demandas más radicales de los movimientos. Pero si por algo Copenhague salió en los medios ha sido por la ausencia de un acuerdo entre los líderes políticos sobre acciones para frenar el cambio climático y por la represión desproporcionada (más de mil detenidos, y una condena excesiva frente a una acción pacífica de tres miembros de Greenpeace) ante un tema que ya ha sido, como muchos otros que se desprenden de la lucha contra la globalización neoliberal, plenamente incorporado por las agendas gubernamentales e institucionales.

Copenhague empezó a calentar motores bastante antes de que empezara el 7 de diciembre de 2009 la Conferencia de Naciones Unidas para el Cambio Climático (COP-15). De cierta manera, ya en Belém se empezó a profundizar en la articulación y discusión de estrategias entre varias redes que posteriormente convergerían en la capital danesa, más allá del largo trabajo de fondo realizado por activistas daneses para recibir a los militantes de fuera del país. Pero los esfuerzos durante todo el año, tanto en términos de discusión y difusión de nociones y demandas de decrecimiento, deuda ecológica y justicia climática, como de protestas, se harían más visibles a partir de dos eventos convocados pocas semanas antes de Copenhague: en coordenadas más cercanas, la Conferencia Mundial de Naciones Unidas para el Cambio Climático (CMNUCC) realizada en Barcelona a principios de noviembre que tenía el objetivo de avanzar en el debate para llegar a un acuerdo en el COP-15; y la Conferencia Ministerial de la OMC realizada en Ginebra a finales de noviembre bajo el título «La OMC, el sistema multilateral de comercio y el entorno económico mundial actual».<sup>[7]</sup>

Varias son las consideraciones preliminares que se podrían hacer sobre esos tres eventos y sus resistencias: la primera, la confirmación de la pérdida de legitimidad de instituciones como la OMC (que hace diez años prácticamente no eran contestadas), lo que puede ser considerado un éxito del movimiento antiglobalización; la segunda, la descomposición de convocatorias unificadas a nivel global, por lo que se ha redoblado el trabajo desde las distintas redes temáticas y regionales; la tercera, la consolidación de los medios de contra-información a nivel global, cubriendo incluso muchas más tareas que las de comunicación, movilización y formación, como, por ejemplo, el seguimiento sistemático de las acciones colectivas de los movimientos y el periodismo de investigación para sacar a la luz temáticas invisibilizadas por los medios hegemónicos.

También se ha observado en Copenhague la habitual tensión entre movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales e institucionalidades, a partir de la generación de distintos espacios de articulación de la protesta al Foro COP-15, entre los que se destacaron dos: el «Foro Alternativo» (Klimaforum), que aglutinó una amplia variedad de movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales y «Climate-Justice-Action» en coordinación con «Climate Collective», una red claramente anticapitalista que acaparó gran parte de las acciones directas.<sup>[8]</sup> Sabemos que las fronteras no son rígidas, habiendo muchos colectivos y personas a título individual, que realizan un importante trabajo de base y de denuncia, que participaron de ambos espacios, así como hay ONG que participan del Foro Oficial como «representantes de la sociedad civil» a la vez que participaron del Klimaforum. Se trata de una dinámica inevitable que se repite en sendas ocasiones y eventos y que, más allá del enfrentamiento entre posturas distintas, parece haber, salvo algunas excepciones, crecientes esfuerzos por el respeto a la diferencia y a las sensibilidades políticas en orden a aunar fuerzas aunque estas surjan de diferentes espacios, voces, visiones y estrategias. No obstante, la cooptación política y la institucionalización de la acción colectiva sigue siendo una realidad sobre todo en los países del Sur Global donde se establecen mayores sinergias entre la izquierda política y los movimientos sociales.

Pero centrémonos brevemente en tres de las redes que jugaron un papel destacado en las contestaciones en Copenhague: Jubileo Sur, Climate Justice Now! y La Vía Campesina.<sup>[9]</sup> En los dos primeros casos se podría hablar más bien de «redes de redes», ya que son redes amplias y pluralistas que canalizan un amplio abanico de organizaciones, movimientos, campañas y comunidades (en el caso de Jubileo Sur

centrado en América Latina, Asia, África y el Pacífico y con la deuda como eje articulador central, mientras en el caso de Climate Justice Now! con un ámbito de actuación más focalizado en Europa, Asia y el Pacífico y con el tema de la justicia social, ecológica y de género como nexo de unión). En el caso de La Vía Campesina, aunque la procedencia internacional de los participantes es aún más amplia que las dos anteriores (148 organizaciones de 69 países de las Américas, África, Asia y Europa) se trata de una red transnacional de organizaciones campesinas que «no es ni fluida ni dispersa, sino territorializada y pegada a la base ya que a diferencia de muchas de otras redes, no todo cabe en La Vía. Hay criterios muy bien definidos, se distinguen las alianzas tácticas de las estratégicas y se mantiene la autonomía y la centralidad del campesinado como actor» (Bringel, 2009).

Es interesante observar que las tres redes fueron constituidas en la década de 1990 en un marco de internacionalización de las luchas sociales, articulando de forma puntual diversos movimientos y organizaciones sociales. En la década siguiente, sin librarse de las contradicciones y complejidades que conllevan procesos de este tipo, el trabajo se ha ido extendiendo de forma considerable, pero no solo como una mera extrapolación o salto de escala de unos movimientos que antes actuaban en un marco más acotado (local-nacional) y pasan a desarrollar sus actividades también en lo global. La construcción de esa internacionalización de los movimientos desde finales de la década de 1970, pero con mayor fuerza a partir de la década de 1990, ya no puede ser analizada únicamente a partir de su «visibilidad» o «presencia global». Han aparecido en los últimos años nuevas horizontalidades, sociabilidades y territorialidades en el ámbito supranacional y ello ha implicado un cambio sustantivo en el funcionamiento de gran parte de los movimientos, que han visto como sus dinámicas, discursos y prácticas también han cambiado en sus intervenciones locales. El trabajo más cotidiano, poco mediático, aquel que está por debajo de la superficie visible del iceberg, ha llevado a un intercambio material y simbólico y a la generación de nuevas subjetividades colectivas que desdibujan las clásicas fronteras creadas entre la política nacional e internacional. En otras palabras, los movimientos no solo se han internacionalizado sino que se han transnacionalizado. Ello implica una bidireccionalidad: el salto a lo global pero también la vuelta a lo local y la tensión entre todas esas escalas, por lo que el extendido lema «pensar globalmente y actuar localmente» sigue siendo válido pero debe ser reinventado a partir de su confluencia con el «pensar localmente y actuar globalmente».

Esto es lo que han hecho muchas de las organizaciones y movimientos presentes en Copenhague: traer a un evento de protesta global sus diferentes experiencias locales de cómo sus comunidades están siendo afectadas por el cambio climático, la búsqueda predatoria de recursos naturales u otras luchas. Pero también llegaron de forma radicalmente distinta a Seattle: con unas redes más consolidadas y un trabajo más continuo y más focalizado temáticamente. En cualquier caso, si el primer ejemplo nos acercaba a la evolución de los espacios propositivos hacia una mayor institucionalización (no solo del espacio como tal, sino sobre todo por el tipo de participación y de debate que se dio en el Foro Social de la Amazonia), las protestas de Copenhague también se distinguen bastante de las expresiones más radicales de los colectivos antiglobalización, y nos aventuramos a afirmar que se acercan más a subciclos previos al de las contra cumbres, como es el caso de las cumbres paralelas de la década de los 90, con el ejemplo paradigmático de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992. Esta Cumbre fue uno de los precedentes claros de la entrada en la

escena internacional de organizaciones y movimientos sociales a partir de una temática que hoy vuelve a tener un protagonismo en el activismo transnacional.

### **A modo de conclusión**

En definitiva, si bien los dos ejemplos de organización del activismo transnacional en 2009 nos han servido para ilustrar el devenir de las que fueron las dos ramas del movimiento antiglobalización, debemos preguntarnos si los cambios profundos que han sufrido ambas tendencias no se entremezclan hasta el punto de desvirtuar tal división. Ni la rama de la propuesta está ya en manos exclusivamente de los movimientos sociales, convirtiéndose más en un espacio de negociación con las instituciones públicas y privadas, ni la rama de la protesta se configura como un espacio alternativo a la propuesta, en la medida en que Copenhague fue también un punto de encuentro de numerosas ONG, de propuestas ecologistas, con un discurso (y una acción colectiva) muchas veces alejados de la radicalidad anticapitalista del ciclo de contracumbres (de Seattle a Génova). Asimismo, las tensiones entre diferentes modelos de desarrollo, la pugna por la búsqueda de nuevas matrices energéticas, el incremento de la conflictividad social en zonas estratégicas para la recuperación de la expansión capitalista, el diseño de una nueva geopolítica del poder relacionada a los recursos naturales, en un contexto de múltiples crisis, parecen haber encontrado un paraguas global dentro del marco de la lucha ecologista, campesina y feminista que cobran gran fuerza dentro del nuevo activismo transnacional, tanto del Norte como del Sur Global.<sup>[10]</sup> Frente a la gran agitación social en Europa y Estados Unidos en ciclos anteriores del movimiento antiglobalización, se observa también una profundización de la tendencia de desplazamiento del foco de los principales movimientos sociales globales al Sur, lo que se presenta como un verdadero desafío para los procesos de «traducción» de las diferentes epistemologías y prácticas sociales para potenciar el carácter contrahegemónico en un plano internacional de forma no eurocéntrica (Bringel y Cairo, 2010).

Pero quizás lo más relevante de esta nueva articulación de los movimientos sociales globales es cómo el carácter transnacional viene permeando ya no solo las acciones colectivas de los movimientos en el plano global, sino también sus luchas locales cotidianas, a través de interacciones continuadas con otras redes y de construcciones simbólicas y materiales que van más allá del Estado nación. La relativa estabilización de esas dinámicas y procesos transnacionales/reticulares también contribuye a explicar cómo esos contactos, formales e informales, han operado, por ejemplo, en casos como la solidaridad internacionalista tras el golpe de Estado de Honduras, donde la activación de redes temáticas y regionalizadas han jugado un papel clave en sus ámbitos de afinidad cultural en Latinoamérica y el Estado español.

En términos teóricos se abren muchos retos, entre los que quizás el principal sea la redefinición de unos modelos y esquemas mentales e interpretativos todavía muy anclados en las fronteras entre lo nacional y lo internacional. De la visión de la «política exterior» como algo vinculado a la diplomacia de los Estados o de la «política internacional» como algo que inevitablemente pasa a priori por el filtro de los sistemas políticos nacionales se vive un momento de redefinición de los espacios de enunciación política y de tensiones e interacciones entre territorialidades y espacialidades. Asumir lo internacional y lo transnacional como una nueva forma de ver los fenómenos sociales ciertamente ha supuesto un importante desafío para las teorías de las acciones y los

movimientos sociales donde el Estado nacional moderno ha sido siempre un referente ineludible, pero también para las teorías de las relaciones internacionales, obligadas a incorporar nuevos actores internacionales, y muchas otras disciplinas y áreas de conocimiento. Este camino está en marcha, con no muchas, pero sí algunas señales esperanzadoras de rupturas teóricas, metodológicas y epistemológicas. El movimiento antiglobalización ha forjado muchas de ellas al incorporar nuevas formas y ámbitos de conflicto, de construcción de identidades y múltiples conexiones y resistencias transfronterizas. Pero todavía mayores siguen siendo los retos en la arquitectura de alternativas radicales y transformadoras en el ámbito militante, donde viejas disyuntivas conviven con nuevos horizontes y construcciones colectivas. En ninguna de ellas lo *global* pasa desapercibido.

---

[1] No es nuestra intención aquí volver a explicar los orígenes y principales características del movimiento, algo que se ha hecho en varias ocasiones y lugares. Para una lectura más centrada desde el Estado español véase: Du-rán (2001), Echart et al. (2005), Pastor (2002) y Taibo (2005).

[2] En el caso de Calle (2005a) se amplía la noción de «ciclos de protesta» más allá de las estructuras de movilización, oportunidades políticas y marcos de significado, incorporando también los cambios en la propia cultura de movilización (en términos de nuevos lenguajes, símbolos y narrativas) traídos por los movimientos sociales globales.

[3] Y también desde la aparición en el año 2000 de la primera edición del presente anuario, el cual consideramos un buen termómetro para identificar las diferentes fases por las cuales ha ido pasando el movimiento. Se recomienda así una lectura secuencial de Martí (2002), González y Martí (2003), Martí (2004), Calle (2004), Calle (2005b), López et al. (2006) y Bringel et al. (2007, 2008, 2009).

[4] Agradecemos en este sentido a Ángel Calle, Sara López y Kamala Orozco por la construcción colectiva de los seguimientos anuales del movimiento antiglobalización, aunque les eximimos de cualquier equívoco al que podamos incurrir en el presente texto.

[5] De hecho, días antes del FSM, Belém también acogió el Foro Mundial de Teología y Liberación.

[6] Cursivas nuestras. El texto completo puede ser encontrado en: <http://www.fsmtbahia.com.br/novo/conteudo.php?ID=3>.

[7] La Caravana por la Justicia Social y Climática conectó Ginebra a Copenhague, compartiendo en su camino experiencias e iniciativas con colectivos de las localidades donde hacían «escala»: <http://www.climatecaravan.org>

[8] Para más información consultar las webs del Klimaforum (<http://www.klimaforum09.org>), de Climate Justice Action (<http://www.climate-justice-action.org>) y de Climate Collective (<http://www.climatecollective.org>).

[9] Más información en las webs de Climate Justice Now! (<http://www.climate-justice-now.org/>), La Vía Campesina (<http://viacampesina.org/>) y Jubileo Sur (<http://www.jubileosuramericas.org/>).

[10] Una muestra de este protagonismo es que, frente a la desarticulación de las entonces potentes convocatorias del Día de Acción Global, las convocatorias globales más difundidas por el globo son principalmente la del 8 de Marzo (Día Internacional de la Mujer Trabajadora), 17 de Abril (Día Internacional de la Lucha Campesina).

## Referencias

- Bringel, Breno; Cairo, Heriberto (2010), «Articulaciones del Sur Global: afinidad cultural, internacionalismo solidario e Iberoamérica en la globalización contra-hegemónica». En H. Cairo; R. Grosfoguel (eds.) *Descolonizar la modernidad, descolonizar Europa. Un diálogo Europa-América Latina*. Madrid, iepala Editorial.
- Bringel, Breno (2009), «La Vía hacia un nuevo campesinado». *Diagonal Periódico*, n. 112, 29 de octubre, p.18.
- Bringel, Breno; Echart, Enara; López, Sara (2009), «Crisis globales y luchas transnacionales» En: E. Grau; P. Ibarra (coords.), *Anuario de movimientos sociales 2009. Crisis y respuestas en la*. Barcelona, Icaria, pp. 210-220.
- (2008), «Del actor en movimiento a los movimientos en acción: la rearticulación de la lucha antiglobalización». En: E. Grau; P. Ibarra (coords.), *Anuario de movimientos sociales 2008. La red en la ciudad*. Barcelona, Icaria, pp. 178-187.
- (2007). «Movimiento antiglobalización. Las «venas abiertas» en el 2006». En: E. Grau; P. Ibarra (coords.), *Anuario de movimientos sociales 2006*. Barcelona, Icaria, pp. 186-196.
- Calle, Ángel (2005b), «Nuevos movimientos globales: tiempos de refugio y sedimentación». En: E. Grau; P. Ibarra (coords.) *Anuario de movimientos sociales 2004. La política en la red*. Barcelona, Icaria, pp.179-184.
- (2005a), *Nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Editorial Popular.
- (2004), «Nuevos movimientos globales: sedimentando e impactando». En: E. Grau; P. Ibarra (coords.) *Anuario de movimientos sociales 2003. La red en la calle: ¿una nueva cultura de movilización?* Barcelona, Icaria, pp.156-164.
- Castedo, Antía; García, Bernat (2010), «Perder la calle, ganar el discurso». *El País*, Reportaje, 8 de enero.
- Clemens, Elisabeth; Hughes, Martin (2002), «Recovering past protest: historical research on social movements», En: B. Klandermans; S. Staggenborg (eds.) *Methods of social movements research*. Minneapolis: University of Minnesota, pp. 201-230.
- Durán, Ramón; Etxezarreta, Miren; Sáez Bayona, Manolo (2001), *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*. Barcelona, Ed. Virus.
- Echart, Enara; López, Sara; Orozco, Kamala (2005), *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*. Madrid, IUDC-Catarata.
- Echart, Enara (2008), *Movimientos sociales y relaciones internacionales. La irrupción de un nuevo actor*. Madrid: IUDC-Catarata.
- González, Gema U.; Martí, Salvador (2003), «Resistencias globales durante el año 2002: un semestre de locura y otro para reflexionar». En: E. Grau; P. Ibarra (coords.) *Anuario de movimientos sociales 2002. Nuevos escenarios, nuevos retos en la red*. Barcelona, Icaria, pp.156-176.
- Iriye, Akira; Saunier, Pierre (eds). (2009), *The Palgrave Dictionary of transnational history*. Nueva York: Palgrave.
- López, Sara; Orozco, Kamala; Calle, Angel; Muñoz, Enara (2006), «Redes sociales en 2005: tras la tempestad ¿vendrá el repliegue? En: E. Grau; P. Ibarra (coords.) *Anuario de movimientos sociales 2005. La red en la encrucijada*. Barcelona, Icaria, pp.169-180.

Martí, Salvador (2004), «Cuando el movimiento «antiglobalización» ya no es novedad. Algunas reflexiones en torno a un movimiento de movimientos». En: E. Grau; P. Ibarra (coords.) *Anuario de movimientos sociales 2003. La red en la calle: ¿una nueva cultura de movilización?* Barcelona, Icaria, pp. 86-94.

Martí, Salvador (2002), «El movimiento antiglobalización en 2001». En: E. Grau; P. Ibarra (coords.) *Anuario de movimientos sociales 2002. El futuro de la red*. Barcelona, Icaria, pp.185-192.

Milani, Carlos (2008), «Ecología política, movimientos ambientalistas e con-testação transnacional na América

Latina». *Caderno CRH*, Salvador, v. 21, n.53, pp. 289-303.

Pastor, Jaime (2002), *Qué son los movimientos antiglobalización*. Barcelona, rba editores.

Rusiñol, Pere (2009), «La antiglobalización revive contra la crisis». *Diario Público*, 29 de noviembre.

Taibo, Carlos (2005), *Movimientos de resistencia frente a la globalización capitalista*. Barcelona, Ediciones B.

Tarrow, Sidney (1998), *Power in Movement: Social Movements, Collective Action and Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (2005), *The new transnational activism*. Cambridge: Cambridge University Press.